

ÁFRICA

4º Prénd.

Hoy ha venido mi nieta a casa. Es una niña preciosa, con unos enormes ojos negros como el carbón, creo que Dios se los ha dado tan grandes por lo curiosa que es.

Le encanta mirar fotografías y abrir cada uno de los muchos cajones que tengo por casa. Hoy ha descubierto una cajita color avellana que tenía escondida detrás de una mesita de noche de una de las habitaciones. En ella había una foto, nada mas, desgastada por el paso de tantos años. Apenas se distinguía ya muy bien el paisaje, pero al mirar la foto pude sentir hasta el aire de aquel día. Regresé por un momento a ese aeropuerto diminuto.

De repente Sophie, que así se llama esta pequeña cazatesoros, me ha agarrado del brazo y ha hecho que me agachara, hasta ponerme a la altura de sus ojos, radiantes de entusiasmo;

- Abuela, cuéntame esta historia, necesito saber esto, ¿eres tu verdad abuelita?, ¿Qué edad tenías?, ¿quien es ese señor?, ¿es el abuelo?...

Tuve que pararla porque llegue a pensar que le iba a dar algo de tanta emoción, esta niña creo que va para periodista, pensé para mí.

La agarré de la mano y fuimos caminando hacia la cocina, había que preparar un buen bizcocho y unas tazas de cacao para merendar mientras contaba esta historia.

Veras Sophie, yo ya soy mayor, pero cuando era mas o menos de tu edad, vivía en Africa, en una aldea perdida. Mi casa era una cabaña hecha con hojas de palmera, mis pies estaban descalzos y no tenia ducha, ni libros, ni juguetes.

Era la mayor de 6 hermanos, todos ellos niños, y mi pobre madre murió poco después de tener al último de nosotros, puede que si esta desgracia no hubiera sucedido, quizás hubiéramos llegado a la docena. De donde yo vengo, cariño, por desgracia las mujeres no tienen valor alguno, no son mas que las encargadas de hacer las labores de la casa, tener contento al hombre, dar a luz sus hijos y trabajar de sol a sol.

No podía ir al colegio, que se encontraba bastante lejos, ni podía hablar con chicos de mi edad, no se me estaba permitido salir de mi "casa" si así la queremos llamar, si no era mas que para recoger algunas ramas secas o para vigilar a mis hermanos mientras ellos se dedicaban a correr, reír, saltar y hacer el mono, y nunca mejor dicho porque los imitaban a la perfección cuando alguno de ellos se paraba encima de algún árbol.

- ¿Has visto monos tan cerca abuela?, yo un día vi tres en el zoo...perdona abuela, sigue, sigue, luego te lo cuento...

Bueno, ¿por donde iba pequeñaja...?

Mi vida era muy muy triste, y encima un día llegó un hombre de unos cincuenta años, de una aldea vecina, y estuvo varias horas hablando con mi padre, paseando por los caminos donde si tenías suerte encontrabas cualquier animal que no necesitara abundante agua para sobrevivir, es decir, pocos.

Ese mismo día, mi padre cogió mis pocas pertenencias y me puso junto a ellas al lado de este hombre. Me dijo que era mi esposo, y que a partir de ese momento debía obedecerle y respetarle, pasase lo que pasase.

Supongo que como era costumbre, mi padre a cambio recibió varias cabras y algunos frutos recolectados en la selva.

Y así, sin más, antes de llegar a la adolescencia, yo ya era una mujer casada. Pero mi esposo no tardaría más que unos tres años en repudiarme. Por lo visto pensó que al no quedarme embarazada yo no era lo bastante buena para él, y un día, sin más, encontré dentro de mi choza a otra chica, más corpulenta que yo pero que por su rostro no parecía tener aun los once años.

Mis cosas fueron expulsadas de la aldea, y yo con ellas.

Camine mucho, tanto que hasta mis callosos pies empezaron a escocerme, y mira cariño que yo había ido toda mi vida descalza. Empezó a anochecer y en la distancia parecía que se veía una hoguera, o por lo menos algo de luz destellaba entre tanta negrura.

Ya no tenía nada más que perder, así que pensé que era la mejor opción, fuese quien fuese, si me dejaba quedarme a pasar la noche junto al fuego, evitaría que pasara frío y por lo menos podría evitar que cualquier animal pudiera convertirme en su presa.

Cuanto más me acercaba, más apuraba el paso, había algo extraño allí que yo jamás había visto. Hombres vestidos con ropa distinta a la nuestra, y un extraño aparato gigante al lado del camino. Era un coche, un coche de los que se usan para hacer safaris.

Me atendieron en cuanto me puse a su vista, me lavaron los pies y me pusieron un cómodo colchón encima del suelo para que pudiera acostarme. Yo estaba perpleja, nunca había visto nada igual. Eran un matrimonio que pasaban unas vacaciones haciendo un safari por África, y creo que fue un viaje bastante bonito para ellos, ya que desde aquel día no me separe de ninguno de los dos.

Al día siguiente, al levantarnos, recogieron todas nuestras cosas y nos montamos en el coche, tardamos muchísimo en llegar a nuestro destino, un enorme barco en el que íbamos a subir, y como ellos me decían, iba a cambiar mi vida. Y sí que la cambio, sí.

Desde aquel día me sentí especial. Conocí cosas maravillosas de ese nuevo mundo, todo lo que había a mi alrededor hacía que mi corazón palpitara a gran velocidad. Mi educación fui

inmejorable, conocí a grandes personas que me llenaron de ilusión y de esperanza. Entre ellas el abuelo.

Sophie agarraba la taza con tanto entusiasmo que creí que la iba a romper en mil pedazos.

Como ya te he contado, fui repudiada por mi, digamos, esposo de conveniencia en aquella aldea por no poder tener hijos. Así que cuando empecé a mantener una relación de pareja con el abuelo se lo conté. Su reacción hizo que para mí fuera la persona más hermosa del mundo. No lo vió como un impedimento, sólo me dijo que confiara en él.

Pocos años después nos convertimos en marido y mujer y viajamos a Europa. Visitamos varios orfanatos y en unos de ellos encontramos la niña más preciosa que yo jamás hubiera visto, además era una niña de color, como yo, y quedé enamorada de sus grandes ojos negros.

Como habrás imaginado se trataba de tu madre. Y esta foto cariñosa, fue tomada el mismo día en que nos bajamos de ese avión habiendo cumplido un sueño y con una gran felicidad.

Hacia años que no la veía, pero creo que no la voy a volver a guardar. Hoy el abuelo se sentiría orgulloso de verla en un bonito marco presidiendo el salón.

Y gracias a aquel maravilloso día, después de unos cuantos años, te tengo aquí a mi lado, mi preciosa nieta.

- ¿Sabes abuela?, esta historia me ha hecho pensar en todas esas mujeres que son obligadas a ser esposas, a tener hijos que no quieren con personas que ellas no han elegido.
- Y dime Sophie, ¿qué es lo que crees que podríamos hacer?
- No lo sé abuela, pero te prometo que voy a dedicar cada minuto de mi vida a intentar que estas injusticias no se vuelvan a repetir.

Sin más, dejó su taza encima de la mesa y salió rápidamente por la puerta principal.

Hace tiempo que no viene a visitarme, y quizás ya no lo haga más, porque no me queda mucho tiempo para estar aquí. Pero cada vez que oigo su voz por teléfono no puedo evitar recordar sus grandes ojos mirándome entusiasmada. Hoy mi nieta Sophie es la fundadora de una gran asociación en contra de la explotación de la mujer en África y una de las periodistas pioneras en este campo, y no puedo estar más orgullosa de todos sus logros.

Gracias a su gran curiosidad, le revelé la vida a la que yo estaba destinada y ella la ha transformado en una lucha incansable por cambiar este mundo de desigualdad y maltrato hacia la mujer. Gracias a personas como ella, algún día este mundo será más justo.

Mucha suerte mi pequeña Sophie.